



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13144

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
gore: Tres meses, 12 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 6 DE SEPTIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Venga el remedio

Llama la atención que esta ciudad siempre tranquila se haya tornado teatro de crímenes. Nada ó casi nada sucedía antes; discurría el tiempo con gran monotonía; apenas si la crónica diaria daba de sí unos cuantos sueltos referentes a fiestas, entradas y salidas de viajeros, policía urbana, detención de borrachos y cuando más alguna riña escandalosa en que era más el ruido que las nueces.

Mas de pronto ha habido mutación. Aquella paz que se gozaba hasta en los días de las grandes fiestas,—pascua, carnavales, festejos de feria y corridas de toros—que llegan a las estaciones los trenes cargados de viajeros, que se van renovando por otros que aportan nuevos contingentes, ha huido de esta tierra y en sustitución de la misma se ha extendido una atmósfera de escándalo que nos hace pensar si esto es Cartagena ó vivimos soñando bajo el influjo de una pesadilla.

No es así por desgracia. Real y muy real es el hecho del hombre que en plena vía pública acomete a tiros á otro hombre por haber requereado a una mujer, real y de corte feroz por lo trágica es la riña del domingo pasado en que otros dos hombres contrastaron sus odios a presencia de los transeúntes con desprecio de la vida de éstos; real y muy real es la escena de escándalo ocurrida anteanoche en el Molinete; real es el robo realizado con audacia increíble en la calle del Caballero; reales son los asaltos de corrales que la policía anda comprobando en las afueras para echar mano a una cuadrilla de rateros que realiza aquí sus fechorías, como reales son otras riñas y otros robos y estafas

de menor cuantía a que viene entregada la gente maleante.

No, no soñamos. Esta Cartagena es la misma de antes, sin otra diferencia que la de haberse aquí albergado un mayor contingente de la escoria social. A esta se debe la atmósfera de escándalo que se va extendiendo y que está reclamando saneamiento eficaz.

Se impone el cacheo. Es preciso llegar al fondo del bolsillo para quitar la faca y el revólver a quien no debe usarlo. Se impone una recogida, no periódica, sino de todos los instantes. Es preciso privar de las armas a los que en ellas apoyan sus desplantes, sus intemperancias, sus provocaciones groseras y es preciso porque es un escándalo que se haga funcionar el gatillo de un revólver en calles transitadas, exponiendo a los pacíficos vecinos que van a sus asuntos a que se interpongan en el camino de una bala.

Hay que registrar. Se impone el saneamiento moral y hay que hacerlo para poder vivir. De no verificarlo, todo el mundo está expuesto a que surja a su lado una riña y le descarralen un tiro por equivocación.

Cuando en Cartagena se ha alterado la normalidad por la ocurrencia de frecuentes delitos de sangre, el castigo ha sido el único recurso. Y se ha probado que cuando a cierta gente se le priva de armas, renace la paz.

En ese asunto hay experiencia; y puesto que la hay, venga el cacheo para vivir tranquilos.

TIJERETAZOS

Ya lo saben los servidores del Estado, los de la provincia y los del Municipio: el ministro de Hacienda no puede llevar mejoras de descuentos al presupuesto próximo. Tendrá que esperar al siguiente, porque, —eso sí,—el Sr. Echegaray está dispuesto a que figure ese beneficio de los empleados en

el plan económico que presentará a las Cortes en la primavera.

Omas lo consiguió en los suyos y no pudo ser ley.

García Alix hizo lo mismo en los de su cacha y corrieron idéntica suerte.

Ahora no hay lugar.

Y luego... veremos lo que ocurre.

Porque pudiera ser que naufragara la obra de Echegaray, como naufragaron las de Omas y García Alix.

Así se va pasando el tiempo y perdiendo esperanzas.

¡Y cuidado que ya quedan pocas!

Dice «El Globo»:

«Los electores presenten quienes han de ser los elegidos y no se molestan en acudir a los comicios; además de que ya saben que su presencia implicaría una duplicidad de sufragios, pues otros votarán por ellos...»

Ante declaraciones tales, hechas por uno de la casa, ¡qué han de hacer los electores?

Quedarse en casa y ahorrarse un disgusto.

Leemos:

«Victima de la miseria falleció anteaño, en Málaga, una niña que, en brazos de su madre llegó, en el momento de espirar, al Gobierno civil, donde se presentaba a solicitar socorro.»

No es con estos ejemplos como se soluciona la cuestión social.

Eso es armar combustible a la hoguera.

Y por desgracia se lo necesita porque tiene de sobra.

EL MONTEPIÓ NAVAL

Como habíamos previsto esta benéfica fundación de la Junta del Fomento Naval, va adquiriendo rápidamente el desarrollo de que era merecedora por el fin que persigue.

Aun no hace ocho meses que hubo de aparecer, y ya cuenta con la importante suma de 250.000 pesetas de capital suscrito, que es la demostración más elocuente de la buena acogida que ha tenido en el país.

Dentro de muy poco tiempo alcanzará el capital suscrito la cifra de 1.000.000 de pesetas, y desde entonces, según nuestros in-

formes, abrirá a los tenedores de sus pólizas cuentas de crédito con la garantía de las mismas, de modo análogo a las cuentas de crédito que abre el Banco de España con la garantía de efectos públicos.

Esta determinación, librará a los suscritores del Montepío, en casos angustiosos y en urgencias imprevistas, de los perjuicios y de los riesgos que corren los que tienen que arbitrarse recursos, cayendo en las garras de la usura, y constituirá el complemento de la meritoria empresa que el Montepío Naval ha instaurado.

Nosotros, que desde su creación lo acogimos con gran complacencia, somos los primeros en felicitarnos de la rapidez con que arraiga en España una institución tan benéfica para los intereses marítimos de la Patria, y que tan reclamada fué siempre por la opinión.

ENSEÑANZAS Y COMPARACIONES

La sangrienta y enconada lucha que desde hace año y medio venían sosteniendo el Japón y Rusia, ha tenido honroso término en la Conferencia de Portsmouth, donde los representantes de ambas naciones han llegado por fin a un razonable acuerdo, que quita el carácter de humillante para la nación vencida, a las condiciones de paz que el Japón trataba de imponer en un principio.

La paz es ya un hecho, y el mundo entero ha de sentir una satisfacción inmensa por la conclusión de una guerra tan escarmentada y tan cruenta, que ha producido ella sola más mortandad que todas las hecatombas durante el precedente siglo, debido a las grandes masas con que se constituyeron los ejércitos y las escuadras en la guerra moderna, y a los terribles efectos destructores de los armamentos que ahora se utilizan.

Las enseñanzas de esta guerra han sido muy grandes en todas las manifestaciones de la vida interior y de relación de los pueblos, pero especialmente, como es natural, en cuanto atañe a su defensa militar y marítima.

En este último concepto ha quedado sentada de modo indiscutible que la acción naval ejerce decisiva influencia en las campañas militares, hasta el punto de que la debilidad de Rusia por el mar, ha sido seguramente lo que desde el primer momento puso a sus ejércitos en condiciones de inferioridad y la derrota de Rodjostvenski.

ky fué el golpe de gracia que recibió aquella Nación y la que determinó su vencimiento, pues desde ese desastre quedó aniquilado el poder de Rusia en el Extremo Oriente.

También se ha dilucidado por completo que, al romperse las hostilidades, la preparación de la defensa naval en todas las naciones tiene que estar hecha con anticipación de mucho tiempo y sostenida siempre en eficiencia, pues nada es menos impreviable que los armamentos navales, sobre todo en cuanto se refiere a la eficacia de su organización y pericia de las tripulaciones.

La disminución experimentada por Rusia en su poder naval la ha hecho descender en el rango de las potencias; y este descenso, en su consideración militar, indica bien claramente que hoy se mide la fuerza de las naciones, más por el número de sus acorazados que por el contingente de sus ejércitos, pues en ese concepto Rusia no ha tenido merma sensible. Y seguramente que si en estos últimos momentos hubiera podido cambiar doscientos mil hombres de sus tropas por una docena de acorazados buenos, no hubiera vacilado en hacerlo.

La Conferencia de Portsmouth, en sus deliberaciones para llegar a la paz, es también enseñanza, toda vez que pone de manifiesto cuanto es dable esperar en estos arreglos diplomáticos cuando los llamados a defender los intereses de las naciones tienen conciencia de su deber y capacidad para hacer prevalecer los derechos que representan.

En mala hora, al comienzo de esas negociaciones cuando todo parecía conjurado contra Rusia, se sacó a público en España por quien menos debía hacerlo, la comparación de lo ocurrido en la Conferencia de París, de donde salió España humillada y sin colonias.

Otros podrán callar, pero no nosotros que no nos importan los resultados de las elecciones, ni cuestiones de tan mezquina cuantía cuando se trata de juzgar sucesos que tan hondamente han afectado a los intereses, al honor y a la respetabilidad de la Patria.

Lo ocurrido en la Conferencia de Portsmouth es la mayor condenación que puede hacerse de la conducta del Gobierno de España en aquel tiempo y de sus representantes en la Conferencia de París, que nos llevaron a un humillante tratado de paz; e

te y cuando se disponía a marchar con ellos, le preguntó Daniel:

—¿Conoces tú a ese hombre?

—Sí, mi amo, es el oriado del charlatán que vive en casa de Blanchet... un borracho completo ¡Cuando se verá el país libre de esta canalla!

—Está bien, vete.

descaradas manos; les amenazaba lanzando una especie de rugido gutural.

La llegada de Daniel y del comandante torció el curso de sus ideas, porque se puso a examinarles con fijeza y brillo en su mirada, rápida como el relámpago, una expresión de sorpresa y de espanto; pero no tardó en disiparse aquel sentimiento, si es que era real, y volviéndose otra vez hacia los niños, dijo con voz cavernosa:

—¡Quítadme de ahí los chicos!... ¡quítadmelos con mil diablos! No puedo sufrir su presencia desde que... ¡Llevadlos!

Y crispando el puño, quiso arrojarlos sobre las bellas y risueñas criaturas que contrastaban con su deformidad; mas no pudiendo conseguirlo, asió la botella y se puso a beber con avidez.

Ladránge se apresuró a colocarse entre los niños y aquel ser abyecto para ocultarles el espectáculo de semejante degradación.

—Pedro,—dijo al oriado,—conduce a Enrique y Mariquita al kisko, que allá iremos nosotros en seguida.

Pedro cogió a los niños de la mano inmediatamente.



Al acercarse a aquel sitio pintoresco, los niños, aterrorizados por los llamamientos de su vigilante, echaron a correr impetuosamente, internándose en el soto.

El joven oriado dejó sin terminar un hermoso molinillo de corteza que estaba haciendo y se dió prisa a